En la Real Academia Española.

Contestación dada al conde de Cheste, Director de la Academia, al asistir por primera vez á las sesiones de aquella, como individuo correspondiente.

SUMARIO: La Academia Española, casa solar de la lengua hispánica.—Un antiguo afecto.—Su origen.—Su transformación.—Conveniencia común de la autoridad de la Academia.—Como la Academia Española abre sus puertas al verbo americano.

Señor director:

Debo confesar ingenuamente que las palabras que acabo de escuchar, con que tenéis la bondad de acogerme en esta ilustre corporación, y que reclaman algunas de mi parte, no sólo me producen una grande emoción, sino que me toman muy de sorpresa.

Yo había venido esta noche, señores académicos, á recibir, sin duda alguna, un señalado honor; pero creía que él iba á limitarse al hecho de sentarme por vez primera, silencioso y obscuro, entre vosotros, como individuo correspondiente de esta academia. Eso hubiera bastado, y aún sobrado, para que yo marcara esta sesión de la Real Academia Española como una sesión memorable, memorable para mi recuerdo.

Pero el ilustre conde de Cheste, tan benevolente como ilustre, ha querido sacar mi persona de la obscuridad que le correspondía, iluminándola de lleno con sus palabras, y con las palabras de tan generoso aliento compuestas, que os han hecho volver á todos la cabeza, no me cabe la menor duda, para conocer al insigne compañero que ha hecho brotar de la nada la palabra, que en este momento puede llamarse creadora, del sucesor del marqués de Villena, y de Martínez de la Rosa.

Ese hombre que buscáis, señores, no existe en mí; es invisible é impalpable; es sólo un engendro del nobilísimo corazón del rico hombre que ha querido sin duda dar en mí, con generosa opulencia, una afectuosa bienvenida á los correspondientes americanos, recordando quizá, entre muchas otras cosas, que él también, aun-

que honra y prez de las armas y de las letras españolas, vió la primera luz en la buena tierra de Colón.

Yo no soy, señores, eso que ha dicho, obligándome para siempre, el señor conde de Cheste; no soy un notable, ni siquiera un mediano escritor castellano, pese á la benevolencia de mi esclarecido amigo, vuestro insigne compañero don Juan Valera, para quien también tengo una deuda, que jamás pagaré, de gratitud literaria. Pero si no soy eso que ha dicho el venerable prócer que nos preside, señores, yo quisiera ser lo que él ha dicho. Oh, sí, yo quisiera ser un escritor castellano... Y como estoy plenamente persuadido de que fué ese simple anhelo, transparentado en mis pocas producciones literarias, el que me sirvió de título suficiente para que la Real Academia me incorporara á su seno hace algunos años; como creo haber comprendido su intención, que no ha sido otra que la de cooperar, con la fundación de academias correspondientes americanas, á la obra de unión de todos los pueblos de habla española, juzgo que no puedo ofrecer ahora un tributo que más grato sea al oído benevolente de esta corporación, que el que consista en ratificar, en vuestra presencia, mis reiteradas protestas de amor á nuestra lengua común, y las cordialísimas de adhesión y de respeto á esta casa solar del verbo hispánico, en que viven nuestros maestros, nuestros árbitros, nuestras glorias; en que vivís vosotros, señores académicos.

Os vuelvo á declarar que la generosa bienvenida que me ha dado el señor conde de Cheste me ha conmovido muy hondamente. Yo he sido siempre en América un fervoroso defensor de la gloria y de la autoridad de la Academia Española, en las disputas que, allá como acá, y como en todas partes, se levantan en torno de estas autoridades, sobre todo en nuestros tiempos. Os haré gracia, señores, de mis razones: son las comunes que conocéis. Pero, más aún que un defensor, he sido y soy un ferviente amador de esta institución. Bien es verdad que mal puede defenderse, y ni siquiera conocerse, lo que no se ama.

Yo recuerdo que, en mi primera juventud, mi afecto hacia esta Academia rayaba en entusiasta ternura, en una admiración apasionada casi inconsciente.

¿De qué había nacido ese afecto que, al despertarse en este momento en mi alma, me hace recordar el verso aquel de Dante que nos, señor Conde, nos habéis noblemente traducido en verso castellano, aquel *Conosco i segni dell'antica fiamma*, que es, á su vez, el *Agnosco veteris vestigia flammæ* de Virgilio, el coronado maestro?

Yo no lo sé. Pasa en este momento por mi memoria el recuerdo venerando de mi padre; él, como tributo quizás á esta su patria española ausente, que él amaba con pasión, me hacía conocer de niño muchos de vuestros nombres, muchos de los de vuestros predecesores sobre todo. ¡Oh! Esos nuestros buenos padres españoles fueron, allá en América, vuestros verdaderos académicos correspondientes, señores; lo fueron mucho más que nosotros. Dejadme bendecir la memoria del mío en este momento; siento la necesidad

de hacerlo... Recuerdo también mi vieja *Gramática de la Academia Española*... ¡Los malos ratos que me hicísteis pasar con ella, señores académicos; con aquellas reglas, con aquellos verbos irregulares! Pero esos ratos son inseparables de las horas de infancia, y estas nos son siempre queridas... acaso sólo por que han pasado. ¿No será algo de todo eso, y de lo que eso sugiere, lo que despertó en mi alma el sentimiento de admiración y de ternura hacia esta casa lejana, á que antes me he referido?

Oh, si entonces, en aquellos años, se me hubiera presentado la escena de esta noche, en que el venerable conde de Cheste, cuyo nombre pronuncié con tanto respeto siendo niño, me señala mi puesto á su lado y entre vosotros, como digno de él, y me juzga acreedor á las palabras con que me ha recibido, yo hubiera visto pasar esta escena como un ensueño.

¡Quién me diera volver á esa época, que ya está lejos, para poder gozar de este momento con la intensidad con que se goza en los años en que aun se cree en la gloria!

Vosotros sabéis, señores, lo que en esos sentimientos se opera generalmente con el andar del tiempo: ó se mueren de frío, ó cambian de habitación, pasando del corazón á la cabeza, donde se transforman en convicciones.

Me parece que en mí ha acontecido lo segundo, pero sin acaecer lo primero.

Se me ocurre, señores, que así como hay corazones que no tienen necesidad de esperar la noche para haber terminado su día, así hay otros que prolongan el día, ó cuando menos un crepúsculo casi más amable que la luz solar, hasta ya muy entradas las horas, casi hasta rayar la media noche.

¿Será mi corazón uno de estos?

Algo de eso ha de pasar dentro de él, porque yo siento que sin haber muerto el primitivo afecto, se ha arraigado en mi entendimiento una convicción profunda sobre la necesidad y la utilidad, comunes á españoles y americanos, de la existencia de la autoridad de esta Academia; sobre la racional conveniencia de que, puesto que debe existir una casa paterna de toda la familia hispánica, lo sea esta robusta casa solar que tantos títulos tiene para serlo, y cuyas puertas vosotros abrís á los escritores americanos con tan generosa cortesía, y con un afecto tan transparente, y tan ajeno á todo interés que no nos sea común.

Esta especie de recepción doméstica que me hacéis, señor director, con ser tan íntima y sencilla, será contada por mí algún día, en una forma ó en otra, á mis compatriotas americanos. Yo contraigo en este momento el compromiso de hacerlo. Yo les haré saber cómo me habéis acogido; con cuánta sinceridad me abrís de par en par las puertas de esta casa, me ofrecéis asiento entre vosotros cual si fuera un miembro siempre esperado de la familia, y me dais parte

en vuestras deliberaciones sobre la lengua española, que, siendo como es el tesoro común de españoles y americanos, puede y aun debe ser custodiado con igual solicitud por americanos y españoles. Así contribuiré, aunque débilmente, á disipar el error, en que suele incurrirse, de suponer á la Academia Española encastillada tras los muros agrietados de una rutina vetusta, é inaccesible á las palpitaciones de la vida de nuestra lengua común. Aquí hay sitio para todos, bien lo veo, desde que lo hay, y tan amplio, tan generoso, para mí, el más modesto entre los cultores de nuestra lengua, y el menos apto, por consiguiente, para haceros ver las nuevas transparencias y vislumbres que le haya impreso el pensamiento americano al encenderse en ella, ó los nuevos sonidos que nuestra palabra interior haya sabido arrancar al maravilloso instrumento de nuestro idioma, al cobrar la forma melodiosa de la palabra articulada.

Pero no importa, señor director; no importa, señores; no os arrepintáis de vuestro extremo de bondad para conmigo. La prueba de la amplitud de vuestro criterio aparecerá tanto más concluyente, cuanto mayor sea la desproporción entre vuestra munificente acogida y los méritos literarios del correspondiente americano á quien hacéis objeto de vuestro afecto.

EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Palabras pronunciadas en la Academia de la Historia de Madrid al incorporarse á ella, y contestadas por el señor Antonio Cánovas del Castillo, presidente de la Academia.

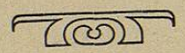
Señor Presidente:

Al asistir por primera vez á las sesiones de la Real Academia de la Historia, debo á esta ilustre corporación una expresión siquiera de reconocimiento por el honor que me ha dispensado al incorporarme á su seno, aunque, si bien se examina, esa manifestación me la debo más á mí mismo que á la academia. Sí, no hay duda: estas palabras, con que distraigo un momento vuestra atención, señores académicos, más que un tributo que os ofrezco, son un nuevo honor que os arranco. Yo os he agradecido ya, al aceptar por escrito este puesto, el honor de mi elección; pero yo quiero que, en las actas de las sesiones de esta insigne compañía de sabios, quede la huella, aunque sea casi imperceptible, de mi paso por aquí. Ya que no la de mi inteligencia, quedará la de mi corazón.

Sí, señor presidente: yo he experimentado un intenso sentimiento de satisfacción al ser llamado por la Academia de la Historia á tomar parte en sus trabajos. Pero yo bien me sé que no es el trabajo lo que vosotros habéis querido compartir conmigo, señores; es la gloria. Me apresuro, pues, á recoger, y á guardar como una ejecutoria, la que consiste en estar entre vosotros, y quiero hacer de estas palabras, que acaso sean las únicas que pronuncie en este sitio, algo así, como la tradición ficta, ó la toma de posesión *ánimo dómini* de la gloria que me ofrecéis.

Digo que acaso sean estas las únicas palabras que aquí pronuncie, no sólo porque la fugacidad de mi gratísima residencia en España es incompatible con el estudio que, para tomar parte en vuestras deliberaciones, os debería á vosotros, y me debería á mí mismo sobre todo, sino porque os considero, señores académicos, como mis maestros en la ciencia de la historia; y el tiempo que pase entre vosotros me será siempre escaso para escucharos, y recoger de vosotros provechosas lecciones. Veo á mi lado á los cultores de

las ciencias históricas y de sus anexas, cuyas reputaciones forman el acervo intelectual de esta gran nación: geógrafos, cronologistas, etnógrafos, arqueólogos y paleógrafos eminentes, que aunan en esta academia su labor y sus conclusiones con las de los cultores de la epigrafía, de la numismática, de la estadística, de la filosofía y de la hermenéutica históricas, y con la de los maestros de la forma y expertos en ese *folk-lore* ó saber popular revelador de la vida íntima de las sociedades que pasaron.

Excuso pronunciar sus nombres, ya consagrados por el mundo científico y literario, porque mi modesta protesta de admiración y de respeto muy poco ó nada podría agregar á su lustre y nombradía.

Sí, señores: tengo mucho que aprender entre vosotros; tengo mucho que llevar de aquí. Pero, aunque no llevara otra cosa, me creería siempre conductor de un tesoro, con sólo llevar en mi espíritu el recuerdo de haber estado en vuestra compañía, señores académicos, el de haberme dicho vuestro compañero en la labor científica, y el de haber confundido mi pensamiento, aunque sea en forma pasiva, con el de los más esclarecidos cultores de la ciencia española, que son honra y prez de esta academia y de esta nación ilustre entre las naciones.